

MISCELANEA

Nació entre Ermua y Eibar

EL GRAN DIBUJANTE VICTORIANO NUERE

(Un vasco de buen humor)

Vasco hasta los tuétanos, sin dejar por ello de sentirse español como el que más, es un hombre cuya semblanza debe ser traída a las avisadas columnas de la Prensa, donde tanto fantasmón con menos méritos se asoma.

Allá por los años 1917-1920 estudió dibujo de figura y composición decorativa en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, asistiendo a las clases nocturnas, pues al quedarse huérfano tuvo que ponerse a trabajar. De todas formas, hubiera podido ser un estupendo arquitecto de habérselo propuesto, como llegó a ser un dibujante excepcional.

Como ilustrador de revistas literarias, novelas cortas, cuentos semanales y libros adquirió fama justificada de buen hacer artístico, logrando éxitos significativos. Es la suya una obra digna en este aspecto, aunque el huracán existencial lo empujó por el camino de los temas urbanos, los panoramas histórico-monumentales de ciudades como Madrid y Bilbao, la escenografía cinematográfica a veces, los planos arquitectónicos de la construcción de viviendas, tanto funcionales oficiales como de utilización popular.

Pero veamos el discurrir de su vida, las características especiales de su actuación como persona civil, hondamente humano por su amor a la tierra nativa y por la validez de sus realizaciones. Como dibujante de planos monumentales su arte y su técnica alcanzan toda su plenitud, reconocidos en el extranjero.

Hombre modesto sin remilgos, no ha sido fácil arrancarle a tirones de recuerdo sus rasgos biográficos, empeñado como está en quitarle importancia a cuanto hizo. De ahí su postura tratando de empequeñecer lo que le afecta como artista de probada solvencia y dar curso, en cambio, a los detalles y avatares de su laboriosa existencia. Eso sí, su buen humor de características étnicas inconfundibles le acompaña en todo momento.

Quiero dejar constancia escueta de los datos que he podido ir sacándole

en ratos de charla amistosa y eso me tendrán que agradecer cuantos de él se ocupen en años venideros.

Nació en el límite de la provincia de Vizcaya, entre Ermua y Eibar, el 12 de agosto de 1901, siendo sus padres Carlos y María. Bautizado en Ermua, lo registraron civilmente en el juzgado de Zaldivar. Hasta los 16 años transcurrió su juventud entre Durango, Bilbao y Miravalles.

Cuando tenía catorce, su tío y padrino Enrique Nuere, dadas las aficiones artísticas del muchacho, logró que el escultor Quintín de Torre en su estudio lo iniciara en su formación, estudios que alternó con los de delineante en la Casa Miravalles, cuyo director, don Julio Petrement, conocedor de su aptitud para el dibujo, convenció a los padres para que se dedicara al dibujo lineal en sus oficinas técnicas, asignándole un sueldo. Ellos, realistas y positivos, optaron por esta oportunidad, malográndose el alevín de escultor.

En 1916 murió su madre y, al año siguiente, su padre que estaba destinado por esas fechas en Bilbao, hizo que ingresara en la Escuela de Artes y Oficios, estudios que alternó con su trabajo, entonces, en el estudio del arquitecto D. Leonardo Rucabado. En 1918 falleció su padre durante la tremenda epidemia de gripe que hizo estragos en España y también murió Rucabado.

En el curso 1919-1920 de la Escuela de Artes y Oficios, se matriculó en Composición decorativa, en cuya asignatura obtuvo el primer premio. Allí conoció a la que hoy es su esposa, Esperanza Matauco, también diplomada en dicho Centro, con la que se casó en 1926.

Hasta 1921 trabajó como delineante en la empresa Babcock & Wilcox de Sestao, fecha en la que se trasladó a Madrid, como dibujante técnico del arquitecto D. Eugenio Fernández Quintanilla, y luego, durante un cuarto de siglo, con D. Secundino Zuazo Ugalde, hasta la guerra civil. También trabajó como delineante con el arquitecto D. Luis Gutiérrez Soto.

En 1942 el arquitecto y productor de cine D. Saturnino Ulargui quiso llevárselo a Barcelona como ayudante de Pierre Schild, con el que ya había trabajado como proyectista de decoración en varias películas.

Zuazo Ugalde estaba confinado por entonces en Las Palmas de Gran Canaria y, al enterarse, lo llamó al Archipiélago y allí estuvo, a las órdenes de su antiguo jefe y amigo desde mayo hasta agosto del citado año en excelentes condiciones económicas, fecha en que, de mutuo acuerdo con don Secundino, se incorporó en San Sebastián al estudio del arquitecto D. Pedro Bigador, trabajando en el proyecto de un grupo de viviendas para pescadores de la costa vasca.

Regresó a Canarias, cumplido el encargo, en 1943, y se matriculó en la Escuela de Aparejadores de La Laguna, trabajando intensamente en la confección de un proyecto de Seminario en Tafira. Pero le reclaman de todas partes como delineante y dibujante proyectista, no pudiendo seguir los estudios que por entonces intentaba.

Lo llamaron para tomar parte en el Proyecto de Plan General de Ordenación Comarcal de Bilbao, donde consiguió datos interesantísimos para realizar en 1948 el Plano de la Ría bilbaína a su paso por el casco viejo, donde aún existen las siete famosas calles en el barrio de los chiquiteros.

A su regreso a Madrid, donde tiene su residencia fija desde 1921, quedó incorporado a la Comisaría General de Urbanismo, hasta que al fundarse el Ministerio de la Vivienda, donde creó la C.O.P.L.A.C.O., estuvo hasta su jubilación como funcionario técnico de dicho Departamento ministerial.

En las décadas del 40 al 50 fue nombrado Profesor de técnicos delineantes de Urbanismo del Instituto de Estudios de Administración Local, dando clases diarias en la sede central del mismo, en Madrid. En 1953 fue elegido por la Agrupación Sindical de Delineantes Españoles, Presidente de la Comisión Profesional y Técnica para la creación de la Escuela de Delineantes y como tal lo recibió el Jefe del Estado en el palacio de El Pardo. En todos sus cargos demostró su extraordinaria valía, su asiduidad, su honradez acrisolada y su notable buen humor. Son tantos sus trabajos sin firmar, como dibujante anónimo, que es imposible citarlos en los estrechos límites de un artículo. Y mucho menos sus colaboraciones como ilustrador a ratos perdidos —ganados para el arte— en revistas literarias, novelas cortas, cuentos semanales y libros narrativos.

Pero sí queremos dejar constancia, aparte del Plano de la Ría de Bilbao realizado en 1948, de la soberbia Vista Panorámica del Madrid Histórico, que incluye edificios artísticos, religiosos, culturales, oficiales, civiles y otros. D. Victoriano Nuere Belderrain tardó diez años en realizarlo, lo que puede dar idea de su importancia.

En cuanto a su vida privada familiar, ya hemos dicho que en el año 1926 casó con una dama paisana suya y también aficionada al arte plástico, doña Esperanza Matauco, de cuyo matrimonio nacieron tres hijos: Consuelo, Esperanza y Enrique. La primera casó con el arquitecto Pedro Rodríguez A. de la Puente, consiguiendo varios premios de importancia como dibujante y pintora en Concursos de Madrid y Barcelona, aun después de ser madre de siete hijos.

La segunda, Esperanza, cursó la carrera de Bellas Artes en la Real Escuela de San Fernando, con notas brillantísimas, y amplió sus estudios en Milán, becada por el Gobierno italiano.

En cuanto a Enrique, terminó la carrera de arquitecto a los 24 años, casándose con Elvira Menéndez-Pidal, nieta del eminente filólogo e investigador don Ramón.

Estas son la vida, la obra y progenie del ilustre delineante y dibujante don Victoriano Nuere Belderrain, que honra a la tierra que lo vio nacer.

José Sanz y Díaz

Artistas Vascas

ESPERANZA NUERE

Es una notable pintora, hija del ilustre dibujante vasco Victoriano Nuere Belderrain, en homenaje al cual el Colegio Profesional de Dibujantes y Delineantes de Madrid, instituyó el 11 de abril de 1983, a través de su Sección Cultural, el Premio que lleva su nombre. Se concede con periodicidad anual en los Concursos Nacionales al ser, mercedamente, considerado en España personalidad insigne en esta rama del Arte, Dibujo y Perspectiva.

De esta progenie, con destacados y laureados arquitectos en la familia, procede Esperanza Nuere, que no es todo lo conocida que debiera. Pinta, dibuja y es gran entendida en pintura moderna, pues acompañaba con frecuencia a Juana Mordó, con la que colaboraba, en sus desplazamientos por Europa, especialmente por Francia y Alemania.

Recientemente estuvo Esperanza, ya fallecida Juana, en un viaje particular, para asistir a la ampliación del Museo Guggenheim de Nueva York, que encierra obras de Pablo R. Picasso y Juan Gris, entre otros famosos españoles. Es una pinacoteca original que nosotros conocemos, tiene forma arquitectónica de caracola o rampa que va descendiendo en espiral nada menos que cinco pisos, a la cual están adosados los cuadros que posee.

Esperanza Nuere, pintora de vanguardia, nació en Bilbao en 1935 y su escueta biografía es la siguiente, contada como información periodística de urgencia.

De 1949 a 1954 cursó estudios en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. De 1958 a 1959, becada por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, cursó un año en la Accademia de Brera, con notas sobresalientes.

Luego ha expuesto sus obras en la Galería Egam de Madrid; en Santillana del Mar y en Pamplona hasta 1971, con éxito de crítica dentro de la línea avanzada del arte moderno.

A partir de ese año, volvió a exponer en las Galerías de Madrid, León,

Santander, San Sebastián, Canarias, Gijón y Barcelona, resaltando su relevancia.

Recordamos también sus otras presencias en Santillana (1973), en Madrid, Bilbao, Burgos y otras ciudades en 1975.

En 1976 expuso en la Galerie Nordenhake, de Malmö (Suecia) y en 1979 en la Sala Uluv, de Praga (Checoslovaquia). Alternando otras exposiciones simultáneas en importantes galerías españolas.

Tal es esta notable pintora vasca, residente en Madrid, que tanto ayudó calladamente a Juana Mordó en su labor arriesgada y hermosa, de divulgar entre nosotros el arte abstracto, y había que decirlo por ser justo, estimando la ocasión siempre propicia.

José Sanz y Díaz

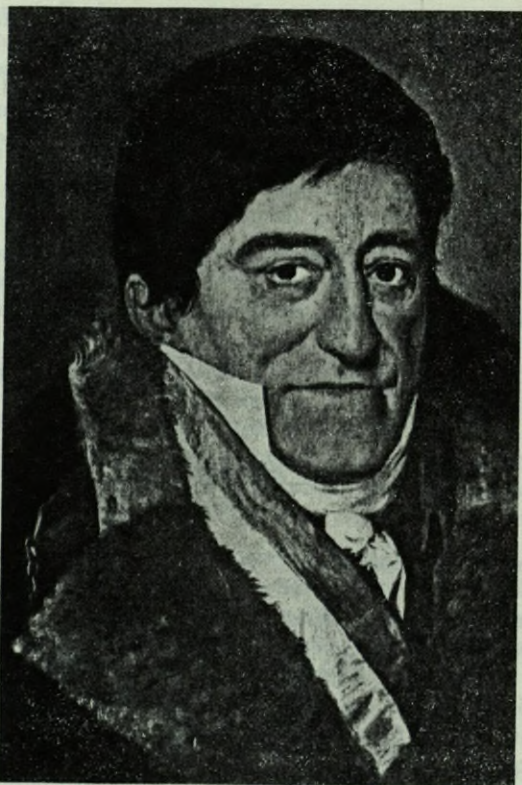
PRESENCIA VASCA EN ANDALUCIA

Don Juan Ruiz de Apodaca y Eliza

Aunque nacido en Cádiz en 1754, su padre, D. Tomás Ruiz de Apodaca y López de Letona, era alavés, un vasco más que dejó su tierra para establecerse en Cádiz, ciudad donde contrajo matrimonio con D.^a Eusebia de Eliza y Lasquette, prima suya y también de origen vasco, en 1743. Tuviron cuatro hijos: Teresa, Sebastián, Vicente y Juan, que a los trece años de edad sentó plaza como guardia marina, ascendiendo a alférez de fragata en 1770. Cuatro años más tarde, bajo el segundo reinado de Felipe V, es designado para establecer una misión en la isla de Tahití, de cuyo archipiélago del Pacífico levantó valiosos mapas.

Siendo capitán de fragata (1782), se distinguió en el combate contra la escuadra inglesa del almirante Howe. Disfrutando del mismo empleo, mejoró notablemente muchos puertos de nuestro litoral, especialmente los de Cataluña. Más tarde ayudó eficazmente en las conquistas de las islas de San Pedro y San Antioco y a la toma de Tolón, donde posiblemente se encontraría con su medio paisano Uriarte y Borja, quien nacido en el Puerto de Santa María, también era hijo de un vasco de Azpeitia, del que ya hablamos en otra ocasión.

En 1808, siendo comandante general de la Escuadra del Océano, se trasladó con la misma de Ceuta a Cádiz donde capturó a la francesa que mandaba Rosilly, preparando así el triunfo de los españoles en Bailén (19 de julio). En enero del siguiente año firmaba en Londres, en calidad de ministro plenipotenciario, un *tratado de paz, amistad y alianza ofensiva y defensiva* entre España y Gran Bretaña, y muchos españoles pensaron que



D. Juan Ruiz de Apodaca y Eliza,
capitán general de la Armada.

debido a él los ingleses restituirían Gibraltar; pero el Peñón continúa siendo colonia británica pese a las reiteradas «recomendaciones» de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Muchos fueron los puestos de responsabilidad que le fueron encomendados, entre ellos el de Gobernador y Capitán General de la isla de Cuba y de las Dos Floridas; presidente de la Audiencia de La Habana; Comandante general del apostadero de aquellos mares, de Costa Firme y de Méjico; Gobernador y Capitán General de Nueva España... En 1824 es nombrado virrey de Navarra y seis años más tarde, en 1830, es ascendido a capitán general de la Armada. Perteneció a la Academia de Ciencias Naturales, y en 1834 se le concede el título de prócer del reino.

La vida de don Juan fue fecunda en extremo. Siempre consiguió los objetivos que le fueron encomendados por sus superiores, ya por las armas, ya por su capacidad creativa, por el diálogo o bien por la persuasión. El rey premió esas relevantes dotes concediéndole los títulos de conde de Venadito y vizconde de Ruiz de Apodaca.

Cádiz debe mucho a ese insigne marino, entre otras cosas la impulsión de las obras del Arsenal de la Carraca y que se hiciera realidad la gran aspiración de los gaditanos: la concesión, en 1829, de la Zona Franca de su puerto.

Su casa natal en Cádiz, que por entonces estaba señalada con el número 22 de la calle de San Ginés (hoy 4 en Fermín Salvochea) se conserva en perfecto estado gracias a los cuidados de sus actuales propietarios, los señores de Macpherson, que hasta tuvieron el buen gusto de dejar intacto el escritorio que utilizara el gran marino, fallecido en Madrid a los ochenta y un años de edad, cuyos restos fueron trasladados al Panteón de Marinos Ilustres, en San Fernando (Cádiz).

Sor Cristina de la Cruz, «La Monja Poeta»

La comparo con otra monja que también se llamó sor de la Cruz. Me refiero a la mejicana sor Juana Inés de la Cruz, conocida también por *la Monja de Méjico* y *la Décima Musa*, que en el siglo se llamó Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana, de noble familia —su padre, español; su madre, criolla—, que cultivó todos los géneros de poesía, fue autora de autos sacramentales y hasta de comedias de las llamadas de *capa y espada*. Tal fue la fama de su sabiduría que a su convento de jerónimas acudían, en consulta, virreyes, arzobispos y otros altos personajes. Esta erudita monja, vástago de una noble familia, murió joven, en 1695, a los 44 años de edad, cuidando enfermos durante una peste que asoló Méjico en aquel año.

Sobre sor Cristina de la Cruz se podrían escribir centenares de folios, y aún nos quedaríamos cortos. Descendiente de la noble Casa de los Mendoza, nació en Zarauz (Guipúzcoa) el día 2 de septiembre de 1902. Hija de los marqueses de Santillana y duques del Infantado, fue su madrina de pila la reina madre doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, que le dio su nombre en el bautismo. En el mundo se llamó Cristina de Arteaga y Falguera; pero al profesar en la Orden de Jerónimas quiso llamarse Cristina de la Cruz, si bien en toda Sevilla y alrededores era conocida por *la Monja poeta* y también por *la Teresa de Jesús del siglo XX*.

¿Su infancia y juventud? Vamos a procurar condensarla en la posible.

A los cinco años escribe sus primeras poesías; a los diez cursa los estudios del bachillerato en el Instituto de San Isidro, en Madrid. En 1921

obtiene el título de licenciada en Historia con premio extraordinario. Domina a la perfección las lenguas francesa, alemana, inglesa, italiana y el latín. Le encantan los deportes y practica el tenis, la equitación y asiste a varias cacerías que organiza su padre, con el que viaja por el extranjero para ampliar su educación cultural.

Siendo estudiante de Filosofía tuvo por profesores a D. Julián Besteiro y a D. Claudio Sánchez Albornoz, recientemente fallecido, y estudiando Derecho —parece ser que sólo se matriculó en dos cursos— conoció a José Antonio Primo de Rivera, con quien trabó tan estrecha amistad que amigos de ambos llegaron a creer que eran novios; pero no era cierto, sólo se trataba de una amistad, una camaradería entre estudiantes, aparte de que ambas familias estaban bien relacionadas entre ellas. Hay quien dice que volvieron a verse durante la guerra civil, pero es materialmente imposible ya que el fundador de Falange Española se hallaba preso en la cárcel de Alicante, donde fue juzgado y fusilado.

En junio de 1927 ingresa en la Abadía benedictina de Santa Cecilia de Solesmes (Francia), convento que tiene que abandonar a los seis meses de hallarse en él por haber contraído una grave enfermedad que la tiene hospitalizada durante otros tantos meses, al cabo de los cuales regresa a su casa para pasar la convalecencia. Estando en ella, con su familia, viene la República y ante las quemas de iglesias y conventos del mes de mayo decide marchar al extranjero. Visita Italia —en Roma estará en dos ocasiones— y viaja por Tierra Santa, regresando a España en 1934 para ingresar en la Orden de San Jerónimo, donde profesa al año siguiente. A los cinco meses estalla la guerra civil y religiosos y religiosas se ven obligados a abandonar sus residencias y buscar refugio en casas particulares y en embajadas. Sor Cristina de la Cruz de Arteaga y Falguera consigue refugiarse en la Embajada de la República Argentina de donde pudo pasar a la zona nacional a principios de 1937.

Por esos días, el Nuncio de Su Santidad, que por entonces era monseñor Gaetano Cicognani, le pide que haga un informe sobre la vida monástica femenina española, al mismo tiempo que hace proselitismo entre jóvenes de ambos sexos que prepara para su ingreso en la Orden de Jerónimos, en el monasterio de Santa María del Parral, en Segovia. Una vez terminado el informe que se le había encargado, se le ordena que regrese al claustro; pero no la devuelven a su convento madrileño, donde había profesado, sino al monasterio de jerónimas de Sevilla, magnífico y amplísimo edificio del siglo XV de portada gótico-mudéjar, cristería de estilo Renacimiento y decoración de cerámica de Niculoso Pisano. En el interior de su iglesia, construida a expensas de doña Isabel Enríquez, marquesa de Montemayor, mujer del condestable don Juan de Portugal y nieta del rey de Castilla Enrique IV



Sor Cristina de la Cruz de Arteaga
(Fotografía publicada en el ABC
de Sevilla pocos días antes de su
fallecimiento).

y el monarca luso Alfonso V *el Africano*, donde yacen los restos de ambos en ricos mausoleos. En la capilla se pueden admirar pinturas del Montañés, Alonso Cano y otros famosos artistas del pincel, así como una magnífica cerámica del citado Pisano.

Pero volvamos a nuestra biografiada. En 1944 es elegida abadesa de Santa Paula y se la autoriza a visitar otros conventos. Se adelanta al Vaticano II, y el Nuncio le encarga otra obra de envergadura: la preparación de la *Federación de Mujeres Jerónimas*. Sor Cristina redacta los estatutos, que presenta a Pío XII en audiencia privada y que son aprobados por el papa por decreto de julio de 1957.

Un año más tarde es elegida priora general por los representantes de los catorce monasterios existentes por aquellas fechas. Precisamente, días antes de su muerte acababa de regresar a Sevilla después de visitar todos los conventos jerónimos del país. Llegó fatigada de tantos kilómetros recorridos y sufriendo las molestias y dolores de la enfermedad que desde hacía algún tiempo venía minando su salud y que en pocos días había de llevarla a la tumba, pues fallecía a las nueve de la mañana del día 13 de julio a causa de un proceso de septicemia agudo —vulgarmente, envenenamiento de la sangre— que, a su avanzada edad —cumpliría ochenta y dos años el día 2 de septiembre—, no pudo superar.

Su labor como religiosa fue, al igual que la de Santa Teresa, restaurar la observancia primitiva de San Jerónimo: vida de oración, trabajo manual, estudio de cantos gregorianos, del latín, etc.; volvió a poner en vigor el uso del hábito blanco y color pardo para el escapulario y manto; restauró los maitines de media noche, la tarima de madera para dormir y todas las austeridades de la Orden Jerónima. «La obra magna de su vida —dice D. Rafael Manzano Martos, arquitecto que realizó las obras de reparación del monasterio sevillano, obras que se llevaron a cabo gracias a ella, que invirtió en esas obras de conservación del edificio los bienes heredados de sus mayores— ha sido la total renovación de la vida religiosa de la Orden y la unificación de todos sus monasterios en una federación que ha servido de modelo a otras reglas y cuyo nuevo vigor ha irradiado a otras órdenes y conventos, especialmente andaluces».

Mujer ilustre por nacimiento y por sabiduría, fue autora de varias obras, entre otras las tituladas *La Casa del Infantado*, *cabeza de los Mendoza*; *Sembrarse*; *Como azucena entre espinos*; *Beatriz de Galindo* (biografía); *Borja* (sobre la muerte de su hermano durante la guerra civil), así como de un libro de poesías titulado *Sembrad*, a tres de las cuales —*Amor y deseo*, *Las cunas* y *Corazón de mujer*— pondría música el gran compositor Turina.

Siendo estudiante de Filosofía y Letras el Gobierno le concedió la Gran Cruz de Alfonso XII; en 1968 el Ayuntamiento de Granada la nombró hija adoptiva y le otorgó la medalla de oro de la ciudad, y en 1973 fue elegida miembro de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

Precisamente le sorprendió la muerte cuando estaba trabajando en su tesis doctoral sobre el prelado y escritor español don Juan de Palafox y Mendoza, fallecido en olor de santidad en 1659, que no pudo publicarse en su día debido a la guerra civil y haberse extraviado el manuscrito.

Hoy, sor Cristina de la Cruz de Arteaga y Falguera, la guipuzcoana hija de una de las familias más linajudas de España, descansa en paz en su humilde sepulcro del coro del monasterio jerónimo de Santa Paula, en Sevilla.

F. J. Hermida Suárez

EL EUSKERA Y RENTERIA (datos de los siglos XVI y XVII)

Serapio Múgica ordenó el archivo municipal de Rentería en 1928 y con tal oportunidad publicó, al año siguiente, la transcripción de un «documento

curioso», como lo llamó él, y que era el acta de la sesión que celebró el ayuntamiento de Rentería el 11 de noviembre de 1654 (1).

En aquella sesión —a juzgar por lo transcrito por Serapio Múgica (2)— el ayuntamiento se interesó vivamente ante la noticia que le había llegado de lo que se había tratado en el Capítulo provincial capuchino, reunido aquel año en Calatayud, según la cual se decía por Rentería que muy posiblemente los capuchinos del convento de su pueblo, que confesaban y predicaban en euskera, pudieran retirarse de él a Navarra, porque el tal convento parecía haber preferido unirse a los de Aragón. Si tal noticia resultaba correcta, aquellos municipios laicos veían amenazada la continuidad de su asistencia espiritual:

«... por esta razón ha de quedar este convento con riesgo y dentro de poco tiempo se disuelvan los fundamentos de su institución, malogrando tantos frutos espirituales, como después de su fundación (3) se han logrado por ser constante que el mayor servicio de Dios y el único bien de los naturales de esta villa y la circunvecindad consiste en la frecuencia de los sacramentos y la explicación de la palabra de Dios y que esto se haga en la lengua universal de esta nobilísima Provincia, lo cual se conoció por principal fundamento de su fundación; pues se puso por condición que se había de confesar y predicar en lenguaje vascongado... Todo lo qual se ha de frustrar y se ha de extinguir la devoción y calidad y frecuencia del dicho convento, faltando los confesores y predicadores vascongados necesarios, porque toda la gente popular y ordinaria de esta villa, del valle de Oyarzun, Irún, Fuenterrabía, Lezo, Alza y demás vecindad donde se recoge limosna son absolutamente vascongados y generalmente casi todos hacen recurso al dicho convento para la administración de los sacramentos..., como se ha reconocido todos estos años, pues cinco confesores (4) vascongados asistentes continuamente no han podido tolerar el trabajo y cumplir con la obligación.

(1) Hemos querido verificar la transcripción del documento, pero los Libros de Actas que se conservan en la actualidad en el Archivo Municipal de Rentería no recogen las actas correspondientes al año 1654, ya que el volumen XVII de ellas abarca las que van de 1602 a 1652 y el XVIII las de 1655 a 1660. Así que no sabemos qué pensar, dado que una errata en la transcripción de S. Múgica no parece verosímil, pues las Juntas generales de aquel mismo año 1654 se hicieron efectivamente eco de aquel suceso renteriano, ni parece aceptable creer en la pérdida del libro de actas de 1652-54, tras la consulta de S. Múgica, dada la numeración antigua que lucen los lomos de tales libros de actas y que se conservan como XVII y XVIII, sin interrupción.

No se nos ocurre otra explicación que tales actas de 1654 permanezcan mal situadas en el volumen propio de otros años —por haber sido en su tiempo mal encuadradas—, fenómeno muy repetido entre los libros de actas de este Archivo.

(2) RIEV. 1929. Vol. XX, 10-12. (En la *Bibliografía* de J. Bilbao, VII, 184, se cita erróneamente el volumen.)

(3) Fundado en 1612 (Cfr. *Tarsicio de Azcona. Capuchinos en Rentería* (S. S. 1983).

(4) Tarsicio de Azcona dedica un interesante capítulo a la predicación en euskera por aquellos capuchinos (o. c., 94 ss.).

Por lo qual, siendo esta villa patrona del dicho convento y la que debe mirar por su conservación..., y supuesto que para su efecto no suponen los religiosos aragoneses ni castellanos más que si fueran alemanes, por consistir —como se ha dicho— el logro de tanto fruto como se coge en el dicho convento en que los religiosos asistentes sean vascongados y particularmente predicadores y confesores; y que esta falta solamente la pueden sufrir los religiosos navarros y que éstos simbolizan (5) con los naturales de esta Provincia en las costumbres y lenguaje, además de ser vecinos perpétuos...

La villa ha acordado que, por parte de ella, se escriba al Rvdm.º Padre Ministro General se sirva disponer que este convento de Rentería se agregue a los cinco conventos de Navarra... » (6).

Es decir que no les hacía ninguna gracia que su convento se agregara a los aragoneses y que, por consiguiente, les vinieran de allí predicadores en romance, mientras los navarros, que hasta entonces les adoctrinaron tan bien en su idioma, se habrían de retirar a conventos de Navarra.

Luego de conocer esta información de 1654, no cabe duda de que la mayor parte del vecindario del Rentería del siglo XVII prefería expresarse en euskera. Y en verdad, es de experiencia que el creyente vasco y vasco-parlante desde su niñez suele preferir arrepentirse y sosegar su conciencia tras una confesión que haya podido hacer en su idioma materno, quizá porque en castellano no acierte a decir las cosas como cree que debiera haberlas confesado.

En tal actitud hacia su idioma, no extrañará que los guipuzcoanos que se reunieron en la Junta general de Elgoibar, el 24 de abril de 1635, escucharan con gran satisfacción la carta que les remitiera don Juan de Isasi Idiáquez, que acababa de ser nombrado por el rey «maestro del Príncipe», y en la que les aseguraba que «gusta Su Alteza, a ratos, que se le hable en bascuence y quenta en nuestra lengua algunos números muy naturalmente».

Pero suele resultarnos excesivamente tentador —para no caer en ello— el tratar de buscar otros testimonios, más antiguos o modernos, de cada tema interesante que nos salga al paso. Y éste ha sido uno de ellos.

Y, efectivamente, resulta que —sin salir del mismo archivo (7)— topamos con otro documento que, sin ser importante, vale para ponernos al

(5) *Simbolizar*, en Cobarrubias (año 1610), «tener alguna manera de semejanza y correspondencia entre sí». Al parecer, debió de extrañar la lectura de este término a S. Múgica, ya que le agrega el socorrido «sic» entre paréntesis.

(6) Tarsicio de Azcona se hace eco también de este documento en su excelente estudio del Convento (o. c., 136); pero, al parecer, tampoco lo pudo consultar de primera mano.

(7) Aprovechamos la oportunidad para agradecer la atención exquisita que ofrece su archivero, Juan Carlos J. de Aberásturi, a todo investigador que acude al archivo.

menos delante de un caso en el que se declara la incapacidad de ciertos testigos para testificar en totalidad, porque no conocían suficientemente el romance castellano y eso en el año 1744.

Ocurrió que, por motivo de la limpieza que periódicamente se hacía del canal del molino de Bengoerrotta —que compartían el Ayuntamiento y el convento de las agustinas—, el capellán de las monjas, fray Andrés de Medina, castellano al parecer, dio en discutir con el capitán renteriano Joseph de Espilla, que sin embargo parlaba y soltaba los tacos de entonces en romance y ello frente a un grupo de sencillos obreros que los entendían a medias.

Lo habitual había venido siendo que periódicamente se limpiara aquel canal, volviendo a arrojar las basuras, piedras y lodo a las huertas vecinas a él, de las que volvían a caer al canal más tarde. Y aconteció que, al llegar los que lo limpiaban con palas y al comenzar a descargarlas en la huerta que usufructuaba el capitán Espilla, toparon con él en persona, que estaba allí y que había gastado hacía poco «más de 30 pesetas» en pagar a unas mujeres por limpiarle la huerta. Y, al advertir que pretendían volver a arrojarle en su huerta todo lo que él había arrojado antes, se enfadó como todo un capitán de entonces. El momento no era el mejor para que un fraile agustino y castellano se le acercara con consideraciones o exigencias. Pero, en vez de que el alcalde diera la cara por la parte al menos que tenía el ayuntamiento en el molino, fue el capellán de las monjas quien se enfrentó al capitán, exigiéndole que se dejara embadurnar nuevamente la huerta, porque siempre se había hecho así. El militar, metido a horticultor, comenzó por amenazar a los obreros, que le miraban desde el canal con las palas en la mano, que al que le echara una sola palada le sacaba un ojo (8). ¡Y eso que eran diez y el fraile contra él solo! Y luego pasó a decir «rezias palabras y al parecer de enojo» al agustino.

Mas, como el fraile aquel tampoco se achantara, el militar mezcló al diablo por medio y amenazó al religioso «por los pelos del Demonio», algo que debía de ser muy grave y detalle que nos ha despertado la curiosidad de ver si de ahí pudiera venir la relación que vieron siempre nuestras *sorgiñak* entre el *akerra* con perilla y el Demonio. Claro que también se encuentra en los diccionarios históticos del idioma castellano lo de «barba de cabra o cabrón», que no era sino una planta perenne, o las llamadas «barbas de chivo o capuchino», las que eran escasas en los carrillos y largas bajo la boca. Y ya se sabía que el que alguien se declarara entonces capaz de contarle los pelos al diablo era que se tenía por muy diestro y hábil.

Con tanta palabrería en romance y con las citas del demonio encima,

(8) «Amenazándoles que ninguno se expondría a hazer lo contrario por el ojo de la cara» (Archivo Municipal Rentería. E-7-I-14-3: testimonio de Pascual de Ugalde).

sucedió que varios de aquellos obreros, al ser llamados a declarar, cercenaron parte de sus testimonios, porque —como dijo, por ejemplo, Fernando de Ugalde, de 24 años— «pasaron ante ellos algunos razonamientos que, por haver sido en castellano y no entender el testigo aquel idioma, no les pudo comprender». La misma razón expuso también el sexagenario Joseph de Lecuona y Joseph de Yurrita, de 55 años, quien tampoco se enteró de lo que «se dijeron, por haver sido en la hideoma castellana y no entenderla este testigo» (9).

Una vez visto que en 1744 el elemento popular de Rentería no comprendía del romance castellano más que algún taco que otro —como por otra parte ha seguido siendo muy habitual en tiempos posteriores—, trataremos de profundizar un poco en el tiempo, cuando aún no habían fundado en Rentería los capuchinos *euskalzales* del siglo XVII.

Y así hemos encontrado este testimonio:

«Este día —el 5 de enero de 1569—, en el dicho regimiento paresció Guillén de Tolossa, vicario de la dicha villa, e dixo a sus mercedes (10) que siempre esta villa avía tenido costunbre loable de traer el tiempo de la coaresma, un buen predicador para la salud de las ánimas cristianas y buen exenplo de los vezinos y moradores de la dicha villa. Y, porque en los annos pasados se han proveído del monesterio de Santelmo (11), de la villa de San Sebastián, y en ella de presente no ay predicador bascongado, que conbiene le aya a causa que la gente común (12) de la dicha villa (de Rentería) no entiende castellano.

Pidió a sus mercedes mandasen proveer a los monesterios circunvezinos donde se podiese aver mejor.

Sus mercedes dixieron que el dicho vicario tubiese quenta dónde se podiese aver... y al tal le hiziese venir por predicador a la dicha villa u que esta dicha villa daría la limosna acostunbrada y darian cartas para quien él dixiese.»

(9) Aunque el culpable de tal concordancia peculiar no fuera el testigo, sino el escribano Antonio de Zabala.

(10) Los componentes del Ayuntamiento.

(11) Efectivamente, al avvicinarse la cuaresma, allá por enero o febrero, el vicario o párroco solía personarse en el Ayuntamiento para recordarle, como a patrón del templo parroquial, que llegaba la fecha de buscar un predicador cuaresmero —en vez de los habituales de la clerecía local— y que con gran preferencia solía resultar un dominico del «monasterio» —así se denominaba en el siglo en vez de la rebuscada y errónea denominación que posteriormente algunos publicistas le han aplicado de «abadía»— de San Telmo, en San Sebastián. Había sido fundado en 1530.

(12) Parece deducirse que la clase más cultivada entendía por lo menos el castellano, que era el idioma que debían emplear oficialmente en la administración, juntas y justicia. En cuanto a que en San Sebastián no hubiera «predicador bascongado», se refería a que no lo había en la comunidad de dominicos, ya que en la clerecía donostiarra debían de abundar, y los franciscanos no habían fundado aún su segundo convento, en el Churrutal, después de su primera y fugaz presencia.

Y, al cabo de casi un mes, el 3 de febrero, volvió a comparecer el párroco ante el Ayuntamiento.

«... e dixo que se proveyó por el Padre Amibia para que fuese predicador (sic) en la coaresma, en esta dicha villa, el qual estaba prendado (13) para otra parte, y que el goardian (14) via escripto que enbiaría un honrado (15) padre para ello. Y, porque avía de venir, sus merçedes diesen orden dónde posase (16) el tienpo de la coaresma.

E luego —sus merçedes los concejantes aquellos— mandaron llamar a Francisco de Lasto para que se le diese su casa que tiene en la plaça desta dicha villa.» (17).

Predicadores, buscados por su ciencia, virtud y uso del euskera, fueron entre otros los siguientes. El bachiller Goyçqueta, aunque perteneciente al clero secular, fue escogido por el Ayuntamiento para predicar en la cuaresma de 1542, «pues es ávil e suficiente para ello» (18). En 1548, el encargo de buscar «un buen predicador» recayó en el propio vicario, que señaló al bachiller Illarregui, que «hera persona de çiençia e suficiençia para ello» (19) y que no estaba muy lejos, pues debía de pertenecer a la clerecía local, y que a los 20 años andaba aún por aquellos andurriales como encargado del reloj parroquial.

En la cuaresma de 1565 predicó el dominico fray Juan de Santomatía y en la siguiente fray Domingo de Alçola, que lo debió de hacer tan bien que repitió en 1567 y 1568; pues, como advirtiera el vicario al Ayuntamiento, la villa le había tomado «mucha afición». Y los munícipes lo aprobaron «para que nos enseñase y sermonase la santa palabra de Dios» (20).

A juzgar por el estipendio o limosna que dieron al fraile que predicó en 1540 (21), solían darles nada menos que 10 ducados, que luego se apresuraba a recuperarlos el Ayuntamiento nombrando a uno o dos vecinos para que se dedicaran durante toda la cuaresma a pasar el bacín o atabaque por los bancos y reclinatorios de la iglesia. Al cabo de 45 años aquella tasa subió en dos ducados, pues al bachiller Alcachón le pagaron 12 hermosos ducados en 1585 (22).

Toda esta afición al euskera venía exigida por la necesidad de enten-

(13) Obligado.

(14) El superior del convento franciscano de San Francisco de Sasiola (Deva).

(15) Tratamiento que los superiores daban, en los siglos XVI y XVII, a los inferiores.

(16) Alojarse u hospedarse.

(17) A. M. R. Actas. IX, 223 v. (3.II.1569).

(18) A. M. R. Actas (8.II.1542).

(19) A. M. R. Actas (18.I.1548).

(20) A. M. R. Actas (15.I.1568).

(21) A. M. R. Actas (8.II.1540).

(22) A. M. R. Actas (22.V.1585).

derse y aprovechar al máximo en la instrucción religiosa; pero, al mismo tiempo, el vecindario aquel de Rentería vigilaba igualmente, con no menor interés, que sus hijos aprendieran también el castellano que se les iba a exigir en la vida administrativa o en otras latitudes geográficas más meridionales. Tal actitud parece ser la que justificó la redacción del acta municipal siguiente:

«*Sus mercedes mandaron llamar e parescer ante sí a Pedro de Lariz, maestro escuela desta dicha villa, el qual vino, e le dixeron que por quanto a su noticia —del Ayuntamiento— avía venido que él no dotrinaba (23) a los mochachos así en su leer y escribir (24) ni bazerles hablar castellano; encargáronle que tubiese cargo para ello (25)».*

Y a esto nos ha derivado el comentario inicial debido al «documento curioso» que Serapio Múgica dijo haber encontrado en el archivo de Rentería en 1928.

De lo que de todo ello quede o haya cambiado en el Rentería de 1984 será otra pluma la que lo cuente, luego de pasado el tiempo conveniente.

Luis Murugarren (12.VII.84)

Guipuzcoanos en Indias

EL INSURGENTE BUENAVENTURA DE ARZAC

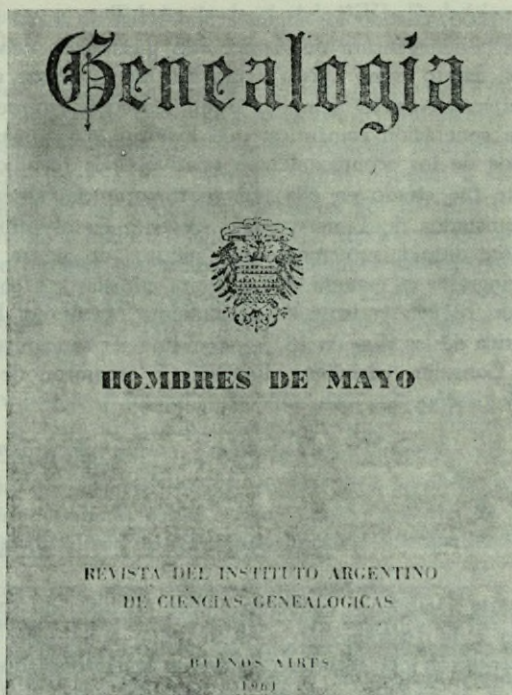
(Los hombres de Mayo, en Buenos Aires)

Leímos hace tiempo en una Revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, un artículo de Carlos Iburguren (hijo), que trata de este personaje, hijo de don Vicente de Arzac y Goyeneche, natural de San Sebastián, que llegó a las playas del Plata, allá por el año 1750, a bordo de la fragata «Virgen de Aránzazu». Era de familia hidalga, pero pobre y segundón, prometiéndose hacer carrera y dinero en Indias, cosa que consiguió tras muchos trabajos y esfuerzos. Fue empleado de comercio en la casa consignataria de Buenos Aires de don Francisco Alvarez Campana durante ocho años, consiguió ahorrar y se estableció por su cuenta. Casó con una argentina llamada doña Petronila Correa de Sáa y Peñalosa, señora de muchas campanillas. Ambos procrearon a Buenaventura, Mariano, José Joaquín de Jesús Arzac Goyeneche y Correa de Sáa Peñalosa, que nada más que esto se llamaba el hombre, según el libro de bautismos correspondiente. Lo apa-

(23) Enseñaba o instruía.

(24) Sobre el tema de las primeras letras en Rentería durante el siglo XVI acabamos de escribir un trabajito para la revista local renteriana «Oarso» (1984).

(25) A. M. R. Actas. IV, 6 (26.I.1547).



drinaron al recibir las aguas cristianas, a 1 de febrero de 1783, don Joaquín Torrero y su esposa doña Josefa Villarino y González.

Dejemos a un lado la prolija genealogía del muchacho indo-guipuzcoano, anotando únicamente que «la familia de Arzac era noble, y así constaba en una certificación otorgada en Madrid, el tres de marzo de 1677, por el rey de armas de don Carlos II, don Juan de Méndez; y su escudo traía en campo de oro a un árbol terrazado, sumado de un gallo crestado de gules y un oso empinante al pie del tronco.»

Buenaventura de Arzac, tataranieto, biznieta, nieta e hijo de hidalgos, fue uno de los hombres connotados de la Revolución de 22 de Mayo de 1810, en la República Argentina, más que nada por no estar de acuerdo con la invasión de Napoleón Bonaparte y la intrusión de su hermano José I, como rey imposible de España y sus colonias de América y Filipinas.

Pero ya antes de estas fechas había dado el oriundo guipuzcoano señales de su carácter bravío y de no aceptar tutelas de nadie. Decimos esto porque

vemos que en 1806, cuando los ingleses aún retenían en su poder a la capital del Plata, Buenaventura de Arzac, «un gigante de ocho pies, fuerte como Hércules, astuto como Ulises y tan ilustrado, aunque no hombre de letras, como el mejor de su tiempo», según le evocó Vicente Fidel López, coetáneo de la generación romántica, que historió «La Semana de Mayo», crónica novelada de los acontecimientos relativos a la revolución argentina. Indudablemente fue citado en ella por su importancia, al enrolarse en el ejército reconquistador de Liniers, como sargento en el primer Escuadrón de Húsares, ascendido a subteniente por méritos de guerra el 9 de abril de 1807. Su biografía es extensa, fue patriota entusiasta y concurrió al Cabildo famoso de 1810, Ayudante del Regimiento Mayor del Regimiento de América, se retiró de las filas en 1813, pasando a ser funcionario de Correos y del Cuerpo Consular, periodista, libelista, lo separaron de sus cargos y murió en fecha desconocida para mí.

José Sanz y Díaz

LOS ZULOAGA Y LA REAL ARMERIA

Generalmente, cuando se comienza a leer un libro no se suele prestar mucha atención a la Introducción a pesar de que en ella, además de la tarjeta de presentación del autor, se contienen las razones que haya tenido para escribirlo. Y es en esas manifestaciones donde suelen hallarse pequeños detalles que matizan las noticias principales que después se relatan y van descubriendo algunas circunstancias aparentemente sencillas. Es en el prólogo donde suele sincerarse el autor, como en una pública confesión, ante un lector que le es desconocido.

Ha caído en mis manos un libro (1), publicado el año 1849, cuyo autor no sólo conoció sino que trató frecuentemente con el eibarrés Blas de Zuloaga y su hijo Eusebio en razón a su importante rango de Director de la Real Armería de Madrid.

En efecto, se trata de un documentado catálogo descriptivo, artístico e histórico de los objetos existentes en el Museo y es, sin duda, el que mayor riqueza de datos contiene respecto a posteriores publicaciones que se han verificado. Tiene un acopio de nombres, marcas y referencias importantes de los maestros armeros, entre los que también figuran espaderos

(1) MARCHESI, José María. *Catálogo de la Real Armería* (Aguado, Impresor de Cámara de S. M. y de su Real Casa). Madrid 1849.

vascos que destacaron en Toledo desde el siglo XVI. Probablemente se trata del primer catálogo importante que se editó en la Real Armería (2).

Centrémonos, pues, en esas páginas iniciales para recoger en ellas algunas alusiones a los Zuloaga en su entorno cortesano. Ponderado e imparcial en sus juicios y profundo conocedor del tema, comienza Marchesi por describir los principios que tuvo la Real Armería, tanto respecto a su construcción como a la recogida de las colecciones de armas por palacios y dependencias del Real Patrimonio durante el siglo XVIII. Añade que durante el reinado de Carlos IV se recogieron también las de algunos armeros contemporáneos *que gozaban de justa y merecida nombradía en Europa por la esquisita calidad de los cañones de escopeta y pistola, muy superiores en verdad a todo lo que en aquella época se construía fuera de España.*

Tras las invasiones francesas —en cuya primera visita a Eibar por los convencionales dejaron su huella marcada a sangre y fuego—, Inglaterra, Bélgica y Francia habían experimentado grandes progresos en el arte de la armería, opinión que siempre hemos compartido, *pero las recientes obras de los distinguidos Zuloaga, padre e hijo, actuales armeros de S. M., pueden sostener la competencia con los extranjeros*, escribe el brigadier Marchesi.

Puede decirse que toda la exposición introductiva de la obra gira en una continua alabanza para estos artistas del trabajo del hierro. ¿Qué hubiera pensado si llega a conocer la cúspide artística que alcanzaron sus descendientes Plácido Zuloaga, al conseguir la máxima perfección posible en la ejecución del damasquinado, y de Ignacio Zuloaga en su excelente pintura?

En una somera descripción de los sucesos acaecidos a partir de 1808, se menciona el acto de la devolución de la espada del monarca francés Francisco I al general Murat, duque de Berg, arma que figuró clasificada en la Real Armería como de origen valenciano, aunque la marca «B» estampada en la hoja infunda una leve duda de origen si se tiene en cuenta que de igual forma llegaron a marcarse las armas de nuestra comarca armera para indicar la procedencia *basca* o *biscayna*, como se decía entonces. Reconquistada así aquella espada por los franceses, el monarca español Francisco de Asís de Borbón ordenó años después la construcción de una réplica de dicha espada, cuyo trabajo fue ejecutado por Eusebio Zuloaga, arcabucero de la reina y teniente armero mayor de la Armería, *que es de un gran mérito y acredita suficientemente el de su autor.* Y en una nota a pie de

(2) Quizá sea su inmediato antecedente el *Resumen sacado del Inventario general histórico que se hizo en el año 1793, ó sea el quinto año del reinado del Sr. D. Carlos IV* que fue realizado por D. Ignacio Abadía, Veedor de las Reales Caballerizas.

página, en su parte inicial, se lee lo siguiente respecto a la calidad de la espada reproducida:

La hoja de la espada hecha por el Sr. Zuloaga es de acero español de nuestras fábricas de Vizcaya. Compónese de 24 cuerpos dúctiles y tenazes que, bien afinados, y preparada y calculada la masa, han dado la dureza y la elasticidad necesarias para hacer que la obra, que puede considerarse como un estudio esmerado y prolijo, tenga el mérito de las antiguas espadas de Toledo, Valencia y Zaragoza...

El desmantelamiento que sufrió la Real Armería durante la ocupación francesa no sólo debe ser atribuida a aquellos ejércitos. Téngase en cuenta que cuando se amotinó el pueblo contra los invasores lo primero que hizo fue invadirla para poder armarse, perdiéndose entonces multitud de piezas y objetos allí existentes. Y es posible que también intervinieran avisados traficantes y usureros mezclados con los exaltados patriotas que iniciaron la sublevación. Se completó el desaguisado en 1811 con motivo de un gran baile que José Bonaparte (José I) dio en aquel establecimiento, para cuyos fines se trasladaron a los desvanes las armaduras que ocupaban el salón central, así como tantas otras cosas recogidas durante muchos años.

No fue fácil restablecer el orden de tan importante institución. Se nombró a los Zuloaga, padre e hijo, para tan delicada labor llena de dificultades. Hicieron un destacado servicio al evitar la ruina de objetos preciosísimos afectados por la oxidación *de cuyo gravísimo mal fueron librados por los trabajos asiduos y esmerados de dichos señores, quienes emprendieron desde luego la penosa limpieza de cuantos objetos tenían a su delicado encargo.*

Y hay más. Confiesa el autor del catálogo que para la confección del mismo le fue muy valiosa *la inteligente colaboración de los dos armeros Zuloaga, que poseían importantes dibujos.* También relata un aspecto que se nos antoja muy importante para observar la desidia que ha habido en muchos centros de cultura; el desdén «olímpico» hacia el investigador que, por lo que se ve, existió asimismo en otras épocas: Se dirigió el brigadier, con amplia facultad otorgada por S. M., a los archivos de Simancas, Sevilla y Barcelona, para contar con un poderoso auxilio para la difícil parte histórica de la obra. Pues bien, se le contestó que *no había en ellos cosa digna de mencionarse.* Sin duda, aquellos responsables debieran figurar en lo más alto de un pedestal que se dedicase «a la decadencia de la Cultura».

Establecida la Junta Revisora de la Real Armería, presidida por el Conde de Clonard y en la que figuraban: Miguel Salvá, Pedro Sainz de Baranda, bibliotecarios; Valentín Carderera y Federico Madrazo, pintores de Cámara; Pascual Gayangos, profesor de árabe en la Universidad; Vicente Armesto, secretario y contador del Tribunal de Cuentas; Gaspar Sensi, artista italiano

y miembro de la Academia de Perugia; también estuvieron integrados y formando parte activa de esta Junta los Zuloaga, padre e hijo, además, claro está, del Director de la Real Armería, el brigadier de Caballería José M.^a Marchesi, que ostentaba títulos como Gentilhombre de Cámara con ejercicio, Gran Cruz de Isabel la Católica, Cruz Laureada de San Fernando y otras condecoraciones. Funcionó esta Junta a partir de septiembre de 1845.

Hace patente su estima a tan esclarecidos colaboradores como los Zuloaga y Gaspar Sensi, que le aleccionan e informan sobre la calidad de las primeras materias, la ductilidad del hierro, el excelente temple de los aceros, que resisten el impacto de las armas de fuego, tan esencial en las armaduras desde el empleo de aquéllas. Los trabajos de adorno en oro, plata, marfil y nácar, de que tanto abundan los objetos de la Real Armería, también son objeto de estudio y análisis. No olvidemos que fue Eusebio Zuloaga quien inició la artesanía del damasquinado por métodos propios. La fábrica de hierro que existió en Tolosa desde tiempos de Carlos V y la de los aceros de Mondragón están citadas adecuadamente, añadiendo sobre esta última que es *donde tuvieron su origen las inimitables espadas toledanas*. Y termina el párrafo encomiando, cómo no, los preciosos trabajos de buril y cincel que ofrecen los escudos, rodela, celadas y capacetes depositados en el establecimiento, de que daría adecuada y fiel información Eusebio Zuloaga como eminente artista cincelador, burilista y damasquinador, además de maestro armero.

Estas y otras muchas son las noticias que se pueden extraer de la aludida introducción al Catálogo de la Real Armería del año 1849 y que, como se ha visto, conciernen plenamente a una industria peculiar de estas latitudes.

Ramiro Larrañaga

CARTA DE ALFONSO XI AL CONCEJO DE TOLOSA
(1322)

1322, 15 junio. Valladolid.

El rey Alfonso XI, de once años de edad, bajo la regencia de Don Juan el Tuerto —hijo del famoso infante Don Juan y de Doña María López de Haro, señora de Vizcaya—, responde a una petición del concejo de Tolosa, autorizándole a trasladar el molino desde extramuros hasta la cerca, en prevención de posibles ataques navarros.

Archivo Municipal Tolosa, Sec. B, Neg. 1, Lib. 2, Exp. 1.

Sepan quantos esta carta vieren como yo Don Alfonso por la graçia de

Dios rey de Castiella, de Toledo, de León, de Gallizia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahén, del Algarbe et sennor de Molina, porquel conçeio de Tolosa enbiaron mostraron a mi e a Don Johan, fijo del infante Don Johan mio tio et mio tutor et guarda de mios regnos et mio alfférez et mio adelantado mayor en la frontera por Lope Ortiz, su procurador, en commo las ruedas en que muelen el pan que son fuera de la villa en guisa que si los çercase lo que Dios non quiera que non podrían moler en ellas. Et reçelándose de los navarros que querían venir sobre ellos que fazen agora una rueda de açera dentro en la çerca de la villa en el solar de Sancho García de Farraya et de Ochoa Pérez et que anden las açeras en la çerca de la villa. Et que me enbiaron pedir merçed que les franquease la dicha rueda en tal guisa que la pudiesen aver libre et quita (1) sin parte de mí et de otro ninguno. Et yo con conseio et con otorgamiento del dicho Don Johan et por fazer bien et merçed al dicho conçeio de Tolosa et por que la dicha villa sea meior parada et guardada para mio serviçio tengo por bien et mando que anden las açeras en la çerca de la villa et que la ayan libre et quita et franqueada sin embargo et sin parte de mí et de otro ninguno el dicho conçeio de Tolosa para su provechamiento. Et deffiendo firmemiente que ninguno non sea osado de embargar la dicha rueda nin que les faga embargo ninguno nin en prestas ni en piedras nin en aguas nin en ninguna cosa que pertenesca para provecho de la dicha rueda por mí nin por otro sinon qualquier o qualesquier que lo fiziese pecharme y an en pena mill maravedís de la moneda nueva et al dicho conçeio todos los dannos et menoscabos que por esta rasón reçebiesen doblados. Et demás a los cuerpos et a quanto oviese me tornarí por ello. Et si alguno o algunos les quisieren yr o pasar contra ello mando al dicho conçeio que se anparen et se deffiendan de vos que non consientan a ninguno que les pase contra ello en ninguna manera, et si en pena et en coto o en callona (2) cayeren por esta rasón yo se lo quito por esta mi carta, et si alguno et algunos contra ello los quisieren yr o pasar mando a qualquier merino que por mí andudiere en esta tierra que les anparen et deffiendan et que les prendien por la dicha pena a cada uno et la guarden para faser della lo que yo mandare et no fagan ende al (3) sola dicha pena. Et desto les mandé dar esta mi carta seellada con mio seello de çera colgado.

Dada en Valladolid a XV días de junio era de mill e CCCLX annos (4).

(1) (Abreviatura) *Quito-ta*: adj. s. XIV. *Libre* o *exento*. Así en D. Juan Manuel. Libro de Patronio o el Conde Lucanor (1328-1334), 205.

(2) *Callona* (por calupnia, caluñia o caloña). f. s. *Pena pecuniaria*.

(3) *Hacer ende al*: hacer lo contrario de lo que se manda.

(4) Era de 1360 (año 1322 del nacimiento de Cristo).

Yo Garçía Pérez la fiz por mandado del Rey et Don Johan, fijo del infante Don Johan, su tío et su tutor.

Transcripción de: Luis Murugarren

Alava en la Guerra de la Independencia
LA BATALLA DE VITORIA
(Año 1813)

Desde comienzos de dicho año, dice un cronista, se fue apoderando de todos los ánimos en España el convencimiento de que las armas francesas —la invasión de Napoleón Bonaparte y sus traidores— estaban ya moralmente vencidas y que iba a sonar la hora de su desaparición en nuestra Patria.

El Ejército aliado avanzaba triunfante hacia Salamanca y Zamora y el intruso monarca José I, llamado con escarnio *Pepe Botella*, aunque en realidad era un buen hombre, manejado a su antojo por su hermano Napoleón en sus miras ambiciosas, con sus tropas, había abandonado Madrid llevándose un inmenso convoy de tesoros robados, productos todos de la rapiña y el saqueo. La huida del galo y el avance de los españoles estaban plenamente justificados. Desde 1808 a 1812 vivió en España, con algún viaje a Francia; pero salió definitivamente de la capital a primeros de agosto de 1812, camino del norte, llevándose las alhajas de las iglesias, de los palacios, museos, bibliotecas y archivos de Madrid, Toledo y El Escorial, las riquezas mayores que en oro, plata, obras de arte y documentos había en Castilla. El desastre de la huida lo tuvo en Vitoria, a 21 de junio de 1813.

Veamos. Como consecuencia de los desastres sufridos por Napoleón en Rusia, el ejército invasor y de ocupación que tenía en España a 80.000 hombres y Wellington se puso de acuerdo con los Generales españoles para tomar la ofensiva, aprovechando la circunstancia de que José Bonaparte se había parapetado en las inmediaciones de la capital alavesa, con la esperanza de que se le reuniese el general Clausel con el cuerpo de ejército que mandaba. Pero no llegó a tiempo y el citado día 21 de junio de 1813 se libró la famosa batalla. El rey intruso mandaba personalmente sus tropas, empezando el combate y ataque por las colinas de la Puebla del Arganzón a las ocho de la mañana, tocando el honor de iniciar esta gran batalla a don Pablo Morillo, cuya división acometió con tanto ímpetu y valor, que arrojó al enemigo de las alturas que ocupaba. El general Morillo fue herido en la lucha, pero no consintió que se le retirara del campo. Rota la línea

de combate, atacó Wellington, quedando en poder de los aliados hispano-anglo-portugueses nada menos que 151 cañones, muchas banderas, toda su impedimenta, intendencia, pertrechos y municiones.

La retirada de los napoleónicos se convirtió en desordenada fuga, luego de haberse defendido con obstinación y firmeza. A las cinco de la tarde todo era confusión y desorden en el campo francés. Artillería, bagajes, aquel inmenso convoy que José Bonaparte conducía a Francia, mil carros, en los que iban, además de las cajas militares llenas de dinero, objetos de gran valor, las joyas robadas con los tesoros expoliados artístico-documentales, todo fue abandonado y el rey intruso y sus generales solos en sus carruajes y alguna protección lograron escapar por el camino hacia Francia y pasar la frontera. Se le hubiera podido apresar, pero la codicia de los ingleses los detuvo. Rasgaron a cuchilladas las maletas, vaciaron el oro y las alhajas sobre mantas, repartiéndose los soldados un verdadero tesoro, llenando sus morrales, sus cartucheras y cuanto pudo servirles para encerrar aquellos objetos preciosos. Esta detención dio tiempo al corso y al duque de Berg que le acompañaba a pasar la frontera, como ya hemos dicho. Las pérdidas francesas se calculan en unos 10.000 hombres. Los españoles y sus aliados anglo-portugueses, a fuerza de heroicos esfuerzos, consiguieron una completa y gloriosa victoria en las inmediaciones de la capital alavesa.

Tanto y hasta tal punto, que el historiador francés Raymond Gaffarel, en su «Régne de Joseph Bonaparte», al tratar de la guerra de España 1808-1814, dice: «Joseph croyait épuisé l'adversité. Il lui restait encore à connaître les angoisses de la défaite. Il aurait pu se retirer dignement, en souverain qui abdique... Mais le triste monarque, victime de son frère et des circonstances, allait prouver une fois de plus que les mauvaises causes en politique finissent toujours par amener d'irréparables désastres.» Así fue, efectivamente.

José Sanz y Díaz

INFORMACIONES GENEALOGICAS VASCAS Y TOMAS DE HABITO EN CADIZ

Como continuación de lo que publicamos sobre libros de hidalguía vasca en el Archivo Municipal de Cádiz (1), ofrecemos aquí unas noticias que extraemos en base a «Documentos genealógicos del Archivo Histórico Provincial de Cádiz», publicado por Manuel Ravina Martín (2).

El mencionado autor, después de señalar que los protocolos notariales

(1) Véase en B.A.P., 1975, págs. 589-590.

(2) En *Hidalguía*, Madrid, 1983, págs. 1-24.

—puestos al público en la fecha de 1931 en que se crearon los Archivos Históricos Provinciales encargados de su custodia—, constituyen una fuente de primer orden para el conocimiento de la sociedad española en las Edades Moderna y Contemporánea, distribuye los documentos recogidos en el de Cádiz, en dos grupos: de un lado, las informaciones genealógicas propiamente dichas, y de otro, las tomas de hábitos de los caballeros de las Ordenes Militares (y de Carlos III). Un total de 54 documentos pertenecientes a 52 personas, cinco de finales del siglo XVII y dos de principios del XIX, perteneciendo el resto al XVIII, el siglo de mayor auge del comercio y vida gaditana. Observa que no podía faltar entre los elementos que constituyen el entramado social del Cádiz de la Carrera de Indias el aporte de la sangre vasca. Realmente en este grupo no son muchos: *ANSOATEGUI FAO Y BARRON*, Antonio (Copia de la Real Provisión de S. M. y Señor juez de Vizcaya obtenidas por D. sobre que se le haya y tenga por hijo-dalgo notorio como descendiente de casa y solar conocido en aquel señorío, mandada protocolar por el Excmo. Sr. Gobernador D. Antonio de Azlor, 1756, not.^a 19, pr. 4965, ante Juan A. de Montes), 115 hojas sin foliar al final del protocolo. *CEL LOIZAGA*, Antonio de (el mismo texto que el anterior), 103 hojas sin foliar al final del protocolo. *YRAURGUI*, José de (Expediente producido por parte de D. sobre que se le guarden las exenciones y privilegios de caballero hijodalgo, 1755, not.^a 12, pr. 2449 ante José Vaamonde, fol. 1217-1223).

Otra cosa sucede con las tomas de hábitos, de lo que Raimundo de Lantery menciona la de los hermanos Martínez de Murguía y de otros. Entre los numerosos apellidos extranjeros (italianos y flamencos, sobre todo), hay otro grupo numeroso de vizcaínos. De 131 testimonios, 36 pertenecen a vascos. Van aquí por orden alfabético: *ALCEDO Y AGÜERO*, José, Oidor Fiscal de la Audiencia y Casa de la Contratación. Calatrava, 22 junio 1755, not.^a 20, pr. 4964 (ante Juan Antonio de Montes), fol. 325-329. *ARAOZ Y CARO*, Juan José, Capitán de Navío. Montesa, 4 feb. 1780, not.^a 25, pr. 5774 (ante Juan Antonio Salgado), fol. 73-78. Montesa, 29 mar. 1781, not.^a 25, pr. 5775 (ante Juan Antonio Salgado), fol. 127-130. *ARIZCUN Y ELIZONDO*, Agustín. Hab. de Sant., 26 abril 1701, not.^a 15, pr. 3586 (ante Juan Antonio de Torres), fol. 127-130. *ARMENDARIZ Y ALVAREZ DE EULATE*, Bernabé. Teniente Coronel de Regimiento de Infantería Española de Canarias. Santiago, 13 marzo 1730, not.^a 15, pr. 3572 (ante José Antonio Camacho), fol. 228-230. *ARTEAGA Y OCHOA*, Juan Pedro de. Santiago, 1 abril 1694, not.^a 16, pr. 3752 (ante Juan de Borja Poin), fol. 184-186. *ARTECONA*, José. Santiago, 9 junio 1758, not.^a 20, pr. 4967 (ante Juan Antonio de Montes), fol. 181-183. También, en 6 marzo 1760, not.^a 23, pr. 5349 (ante Francisco Pacheco y Guzmán), fol. 125-127. *ARTETA Y ZAVALGOITIA*, Pedro José. Alcántara, 17 jul. 1791,

not.^a 4, pr. 924 (ante Francisco Rodríguez Villanueva), fol. 606-609. *BORDA Y VERGARA*, Juan. Santiago, 16 jul. 1698, not.^a 14, pr. 3112 (ante Manuel De Fimbres), fol. 623-625. *CARRANZA Y CARRANZA*, Tomás de. Capitán de Milicias del Reino de Chile. Santiago, 14 nov. 1785, not.^a 10, pr. 1875 (ante José Gómez de Torices), fol. 986-989. También en 27 agosto 1787, not.^a 10, pr. 1877 (ante José Gómez de Torices), fol. 1101-1104. *CARRANZA Y VIVERO*, Cosme. Teniente de Navío. Santiago, 28 marzo 1790, not.^a 10, pr. 1880 (ante José Gómez de Torices), fol. 283-286. *CARRANZA Y VIVERO*, Juan Manuel. Teniente de Navío. Santiago, 8 noviembre 1788, not.^a 10, pr. 1878 (ante José Gómez de Torices), fol. 1282-1285. *CARRANZA Y VIVERO*, Manuel. Capitán de Fragata. Santiago, 28 mar. 1790, not.^a 10, pr. 1880 (ante José Gómez de Torices), fol. 287-290. *ECHENIQUE Y TELLECHEA*, Francisco. Santiago, 1706, not.^a 12, pr. 2388 (ante Francisco del Solar). No se conserva; se han tomado los datos del índice del tomo. *GALDONA Y MUÑOZ*, Juan de. Santiago, 8 dic. 1691, not.^a 19, pr. 4244 (ante Diego Salvador Rodríguez Caballero), fol. 343-345. *GAMARRA*, Manuel. Teniente Coronel del Regimiento de Infantería de América. Santiago, 23 sep. 1772, not.^a 12, pr. 2467 (ante Miguel Brignon Caballero y Lara), fol. 479-482. *GOYTIA Y ARECHAGA*, Juan Manuel. Santiago, 10 agosto 1695, not.^a 14, pr. 3108 (ante Diego de Fimbres), fol. 1068-1070. *HUARTE*, Ignacio de. Santiago, 23 agos. 1754, not.^a 21, pr. 5090-B (ante Francisco Pérez y Angulo), fol. 159-161. *LAYA*, Ignacio de. Santiago, 14 jul. 1696, not.^a 16, pr. 3754 (ante Alonso Pérez Aguilera), fol. 174-176. *LOIZAGA Y CAMPO*, Martín. Santiago, 20 abril 1692, not.^a 16, pr. 3751 (ante Bartolomé de Mora), fol. 295-297. *MADARIAGA Y AROSTEGUI*, Juan Antonio. Director General de los Correos y Postas del Partido de Cádiz. Santiago, 18 dic. 1758, not.^a 20, pr. 4967 (ante Juan Antonio de Montes), fol. 506-508. *MARTINEZ DE MURGUIA*, Andrés. Santiago, 26 ene. 1689, not.^a 16, pr. 3748 (ante Bartolomé de Mora), fol. 52-54. *MARTINEZ DE MURGUIA*, Pedro. Santiago, 26 ene. 1689, not.^a 16, pr. 3748 (ante Bartolomé de Mora), fol. 49-51. *MASCARUA Y UGALDE*, Juan Bautista. Santiago, 17 julio 1698, not. 14, pr. 3112 (ante Diego de Fimbres), fol. 626-628. *QUEREJAZU Y MOLLINEDO*, Tomás. Santiago, 18 marzo 1752, not.^a 4, pr. 887 (ante Francisco Javier de Soldevilla), fol. 109-112. *SAENZ DE ZUAZO*, Francisco. Santiago, 25 ene. 1689, not. 16, pr. 3748 (ante Bartolomé de Mora), fol. 44-46. *SAEZ DE AGUIRRE*, José. Santiago, 9 dic. 1691, not.^a 18, pr. 4244 (ante Francisco Bravo de Cosío), fol. 346-348. *SALAZAR*, José. Capitán de Fragata. Santiago, 1 feb. 1781, not.^a 3, pr. 792 (ante Andrés Sartorio), fol. 31-34. *UBILLA ECHEVERRIA*, Juan. Santiago, 6 dic. 1691, not.^a 14, pr. 3104 (ante Diego de Fimbres), fol. 631-633. También en 4 ene. 1695, not.^a 22, pr. 5155 (ante Diego de León), fol. 2-4. *URETA Y CASTELLY*, Diego de. Teniente de Fragata. Santiago, 25 oct. 1785, not.^a 10, pr. 1875 (ante José

Gómez de Torices), fol. 933-936. *USTARIZ*, Juan Bt.^a. Santiago, 15 diciembre 1756, not.^a 19, pr. 4494 (ante Matías Rodríguez), fol. 1264-1267. *USTARIZ*, Juan Felipe. Santiago, 15 dic. 1756, not.^a 19, pr. 4494 (ante Matías Rodríguez), fol. 1268-1271. *VADARAN DE OSINALDES*, José Francisco. Santiago, 29 jul. 1687, not.^a 15, pr. 3574 (ante Diego Díaz Damasio), fol. 866-868. *VAZQUEZ MONDRAGON*, Lorenzo. Calatrava, 1 octubre 1755, not.^a 20, pr. 4964 (ante Juan Antonio de Montes), fol. 457-458. *VAZQUEZ DE MONDRAGON*, Luis. Teniente de Navío. Alcántara, 5 febrero 1788, not.^a 10, pr. 1878 (ante José Gómez de Torices), fol. 83-86. *VELEZ DE LARREA*, Miguel. Santiago, 1 abril 1694, not.^a 14, pr. 3107 (ante Diego de Fimbres), fol. 399-401. *ZELAETA*, Juan de. Santiago, 8 octubre 1672, not.^a 19, pr. 4422 (ante Lucas de Molina), fol. 680-683.

José Garmendia Arruebarrena

VASCOS EN LA COFRADIA DE LA VERA-CRUZ, EN SEVILLA

Si la Congregación de los vizcaínos en Cádiz contó con una verdadera cofradía penitencial, que hacía su procesión la tarde del miércoles santo, no sucedió así con la formada por vizcaínos y guipuzcoanos, establecida en Sevilla en 1540. Lo que no quiere decir que muchos de sus miembros no pertenecieran a cofradías de mucha solera en Sevilla. Tal sucede con la de la Vera-Cruz, fundada en el convento Casa Grande de San Francisco, en 1448, saliendo por primera vez el Cristo en 1468.

Hojeando algunos legajos, y en el referente al año 1651, nos encontramos con esta disposición: «Ytem, porque al presente se hallan en esta hermandad muchas personas que así por su calidad como por lo mucho que an servido no sería bien excluirlos de la dha Diputación, muchos de los quales estan ausentes, y así si sólo se nombrasen quarenta bendrían a quedar muy pocos p.^a las juntas y cavildos que se an de hazer; acordaron que pr aora se nombren sesenta que son los siguientes...» Entre estos 60 figuran los siguientes vascos: JUAN DE CERON y JUAN DE OLARTE (figura entre los mercaderes que asistieron a la junta de Consulado el 4 de junio de 1637); MARTIN DE ARISPIRUETA, CRISTOBAL DE ARTEAGA, ANDRES DE MUNIBE (juez oficial supernumerario en 1651 de la Contratación, según Veitia y Linaje), PRUDENCIO DE LA RENTERIA, JUANES DE ARANGUREN, ANDRES DE ARRIOLA (caballero de Santiago, figura en una escritura de la Congregación de vizcaínos de 1 de agosto de 1650. También en la lista de cargadores a Indias de fecha 26 de noviembre de 1630), MARTIN DE AYROLA, PEDRO DE ARAMBURU, MANUEL DE SALAZAR, ANDRES MENDES DE MIRANDA, GERONIMO DE

BARREDA, ANDRES DE MADARIAGA (marqués de las Torres). En total, catorce, buena prueba y un botón de muestra de que los vascos figuran en todos los estamentos de la villa sevillana. Anotemos que casi todos ellos son cargadores a Indias, ya ricos comerciantes.

José Garmendia Arruebarrena

SOBRE EL ACERO DE MONDRAGON

Hay palabras que, si en un tiempo fueron usuales en determinadas actividades, han desaparecido de tal manera que ni figuran ahora en los diccionarios. Esto ocurre, al menos en los que hemos consultado, con los términos euskéricos *aziak* o *asiyak* y con *raia* que emplearon los ferrones fabricantes del famoso acero de Mondragón.

Hemos visto ambos vocablos repetidamente escritos en ciertas cuentas que se presentaron a la Corte en 1760 por el capitán mondragonés don Diego de Aranguren, director de las RR. FF. de armas de chispa de Placencia y de las de acero de Mondragón, de lo que se deduce que esas palabras eran vascas y no tenían equivalencia en castellano.

También hemos consultado la terminología que algunos especialistas en ferrierías han solido señalar y vemos que no se definen con rigor estos términos que antaño tuvieron un uso corriente en la cuenca del Deba.

Digamos a título informativo para quienes carezcan de conocimientos elementales sobre una materia que ofrece el mismo aspecto y color, que entre el hierro «dulce y manejable» de Somorrostro y el acero de Mondragón «duro y brincoso» existía una gran diferencia.

Tiene importancia el tema. Y si lo sacamos a colación es para ver si surgen colaboraciones que ayuden a definir con certeza absoluta su exacta significación, a pesar de que ya existen algunas referencias que matizan de una u otra forma este asunto; pero hay divergencias. Nuestras apreciaciones, por deducción y a la vista de ciertos documentos, nos llevan acertadamente o no a los siguientes resultados:

Las *azias* o *asiyak* pudieron ser los trozos de «media escoria» de hierro que se empleaban para conseguir el famoso acero, como complemento imprescindible o ingrediente esencial en su composición. Pero nunca se admitía otra escoria que la procedente de la vena o yacimiento de mineral de Mondragón, según leemos en otro grupo de noticias procedentes también del siglo XVIII.

Sobre la *raia* existen más definiciones. Los compañeros José Letona y Juan Leibar en su monografía MONDRAGON, premiada en 1970 por la

C. A. M. de San Sebastián, recogen de un documento del año 1640 el significado de esta palabra como «acero patentado» que se fabricaba en Mondragón. En otra obra distinta leemos: «*raia* es metal puro sin género de mixtura de hierro». Y hay más versiones en las anteriormente aludidas citas del XVIII por las que el autor asocia con poca precisión la *raia* con el *arrabioa*, queriendo dar a entender cómo se verificaba la colada en «lingotes delgados, fácilmente trozeables al tamaño adecuado para su afinado posterior con el fin de obtener acero...». También relaciona *arrabio* con la palabra *arragoa*, igualmente vasca y que viene a significar lo mismo: lingote o hierro depurado. Existen, por lo tanto, conjeturas y derivaciones.

Como fundamento de este comentario podría servir la lectura de unos párrafos tomados de las notas aludidas, que ayudarán a comprender, junto a lo que se ha dicho, la función que tenían la *raia* y las *asiyak* en la obtención del acero «natural», según el método empleado por los afamados ferroses guipuzcoanos, entre los que se destacaron los de Arrasate:

«Primeramente se derriten por medio de un fuego muy activo, y mucho mayor que el regular, unas masas de hierro llamados *tochos*, que van saliendo a gotas por el agujero de debaxo de la fragua: este metal así derretido se llama *arrabio*. Se hace una buena prevención de este metal, v. g. para tres, cuatro o cinco meses o cuasi para todo el año, por evitar el inconveniente de andar mudando el fogal siempre que se ha de hacer *arrabio*. Hácese una masa de hierro en la misma forma que se hace en herrerías de hierro, y quando al oficial parece que está la masa en disposición, añade o echa a la fragua algo más de la mitad del total de *arrabio* que ha de llevar toda la fundición. Quando este *arrabio* se ha incorporado con la masa de hierro que estaba en la fragua, vuelven a echar el resto del *arrabio*, y al mismo tiempo añaden también unos pedazos de medio escoria, medio hierro, que llaman *asiyac* y se suele formar en el fondo de las fraguas de los herreros, especialmente de los maestros de herraje. Incorporado bien todo (lo qual conoce el oficial por medio de una palanqueta) se saca y se divide debaxo del mazo en dos pedazos, estos en otros dos cada uno, etc., hasta los que se necesiten para formar una barra del tamaño regular, que suele ser de una pulgada en quadro, poco más o menos, y cinco palmos de largo, y luego que los sacan de debaxo del mazo estando aun roxas, las meten en el agua.»

En otro documento distinto se lee: «Por 62 libras de *azias* para mezclar con las *raias* o tocho derretido, 15 reales de vellón».

Bajo el título de EL EUSKERA DE LAS FERRERIAS (1) apareció en nuestro boletín un interesante trabajo del Amigo Dr. Justo Gárate, en el que hace un buen acopio de términos empleados por nuestros ferroses. Se

(1) *Boletín de la RSBAP*, cuadernos 3.º y 4.º, 1983, p. 621.

alude en él a su probable origen y etimología, junto a otros criterios de destacados especialistas en la materia, en la que se podría señalar con toda justicia al también Amigo don Manuel Laborde.

Quisiéramos que este ensayo nuestro fuese una pequeña contribución al tema y sumarnos de esta manera al conjunto de opiniones mantenidas por estos dos especialistas o expertos que se han citado, a quienes admiramos y respetamos. Así, hemos de señalar algunas palabras y conceptos en relación con nuestro planteamiento, como *arragua*, a la que se aplica distinto concepto que el que nosotros hemos recogido. Algo parecido ocurre con *azelin* o *azeliña*, que no figura en los muchos diccionarios que hemos manejado en su búsqueda infructuosa y que, sin embargo, por deducción lógica llegamos a la conclusión de que su significado, además de la que pudiera referirse a los molinos y sus compuertas de agua, también tuvo aplicación en cierta especie de saeta, así como en algún género de «boca de fuego» portátil que debió estar en uso hasta los primeros años del siglo XVIII, toda vez que figura en ciertos documentos de época y bajo este nombre junto a diversas especies de armas manuales, precisamente de fuego (2).

Los datos apuntados respecto al *arrabio*, con el significado de lingote de hierro, también inspiran cierta relación fonética con *raia*, que en la Cuenca del Deba se diría entre los ferrones, casi con toda seguridad, *raixa* o *arraixa*, si se observa la similitud de dicción con otros vocablos parecidos. Es un detalle que quienes somos nativos de esa comarca podemos comprender con bastante aproximación al considerar las maneras de expresión que son propias. Otra cosa es que se escribiera *raia* por los escribanos y contadores en sus documentos y asientos contables.

Resulta evidente que todos estos términos vascos, hoy olvidados, deberían ser incluidos, con todo derecho, en nuestros diccionarios de euskera, porque como hemos indicado al principio, no figuran en los actuales.

Ramiro Larrañaga

LA EUSKAL HERRIA DE PIERRE LOTI

Es, o puede ser, una de esas tardes luminosas en que el amarillo de los tilos y el ocre de los helechos hace destacar más las blancas casas hendayasas y el fondo azul del cielo. Es un buen momento para recorrer con el espíritu los paisajes íntimos de Pierre Loti. En estos días del otoño vasco, es casi para mí una tradición la lectura de un pequeño libro. Se trata exac-

(2) Véase en nuestra obra *Síntesis Histórica de la Armería Vasca*, en la p. 328, la referencia documental de 2-5-1716. Y en el «Vocabulario de la Armería», en la p. 536 de la misma obra, la definición de este término.

tamente de una antología de temas vascos espigados aquí y allí entre las obras del marino escritor. Este «recueil», fue editado con motivo de la colocación de una lápida conmemorativa, en la casa que Loti habitaba en sus estancias a orillas del Bidasoa, su Bakar-Etchea. Esta ceremonia tuvo lugar en el mes de Septiembre de 1930. Precisamente cuando el otoño se insinúa insensiblemente en la naturaleza y en el espíritu.

Ninguna época más propicia que esos días de finales de Octubre y comienzos de Noviembre, a menudo casi estivales a causa del viento sur, enrojecidas las laderas del Larrun y el Jaizkibel, para leer estos escritos otoñales y nostálgicos. Para pasear con Julien Viaud, el comandante naval del Bidasoa, o si se prefiere, con Pierre Loti, el soñador y enfermizo escritor postromántico. Romántico aún en la encrucijada de dos siglos como el XIX y el XX. Fue ésto un sino doloroso para un espíritu refinado y sensible como el suyo. En sus páginas aletea un sentimiento dulce y lacerante de despedida. La despedida de un mundo que se desvanece. La propia despedida física y espiritual de años de estancia en Hendaya, interrumpida, eso sí, por diversos viajes, los lejanos viajes soñadores del escritor enamorado del Oriente. El paisaje que ve Loti desde su ventana, desde su terraza cuyos muros baña el Bidasoa en la pleamar, es contemplado con el dolor del que ama lo que contempla e intuye que está al borde de su destrucción. Ese paisaje al que aún podemos asomarnos en las viejas cartas postales, o en las láminas sepías de viejos libros. El Bidasoa, tantas veces descrito por la pluma triste, melancólica, en tono menor. Sus aguas tersas, cruzadas por leves embarcaciones que ondulan la imagen reflejada del Jaizkibel y la colina de Hondarribia, que transportan de una orilla a otra, bellas endominguadas, contrabandistas nocturnos, al propio Loti, a la misa de media noche navideña, en el cercano convento de los Capuchinos. Al rumor del agua rota por los remos, acompaña a veces una melodía entrecortada por el viejo compás de cinco por ocho. Una antigua canción, un viejo «zortziko» de Iparragirre, en ese ritmo que desconcierta los oídos forasteros... Otras veces, su mirada descubre el horizonte del mar como una cinta de nácar azulado, cortada por los acantilados abruptos del Jaizkibel a los que encuentra la melancolía soleada de la costa de Marruecos...

Pierre Loti pasea por las dunas de Hondarraitz, cubiertas aquí y allá de plantas que crecen al amparo de la soledad. El mar retumba en las rompientes siguiendo ese ritmo fatal de los procesos cósmicos. Pero esa soledad, ese mundo puro, intocado física y espiritualmente, está al borde del abismo. Pierre Loti detecta los primeros síntomas de su destrucción. El silencio, repentinamente, se ve turbado por el estrépito de algo que Loti ve con horror, incluso con ira. El tren avanza con ruido de hierro, atraviesa el espacio y el silencio vírgenes como un símbolo de futuras fuerzas destructivas. «Le chemin de fer, plus nivelateur que le temps, propageant la

basse camelote de l'industrie et des idées modernes, déversant chaque jour, ici comme ailleurs de la banalité et des imbéciles.» La ira contenida de Pierre Loti se desborda así varias veces a lo largo de estas páginas por lo demás líricas y melancólicas, más dominadas por la tristeza y la nostalgia. Incluso por claros asomos de la angustia. La misma cólera, al fin, se ve vencida por una lasitud melancólica.

El proyecto de construir sobre las dunas de Hendaya una urbanización, la futura Hendaye-Plage, le llena de coraje y de alarma. Arremete contra la banalidad de los tiempos modernos y el turismo. Observa cómo se construyen edificios de estilo abominable. Es el momento del «art nouveau», el «modern style» que a Loti causa horror, pero que invade toda Europa tanto en la arquitectura como en las artes aplicadas. La publicidad se asoma ya de la mano del turismo. Un turismo que le hace exclamar: «Tout pays qui s'ouvre au tourisme, abdique sa dignité en même temps que son lot de paix heureuse...»

Aparecen como síntomas del mal, síntomas de la descomposición de la pequeña Arabia feliz que para él era el País Vasco. Intuye en el aire la exhalación del «âme finissante de Eskual-Herria». ¿Cómo la vería Loti hoy día?

Bakar-Etchea sigue —transformada, eso sí— bañada por las aguas en las pleamares. Las dunas ya no ven el nacimiento de esas plantas que necesitan de largos tiempos de soledad, de la ausencia del hombre. Que sólo soportan la presencia de seres como Loti, el paso de soñadores capaces de mirarlas con amor. Ya él mismo comenzó a contemplar el proceso de su desaparición. Y eso que, menos mal, y él mismo lo reconoce, las primeras casas que se edificaron, fueron villas vascas y no construcciones del odiado «modern style»... Hoy día esas inquietudes de Loti producen una sonrisa. Una sonrisa, es verdad, triste. Como también su indignación al ver algunas jóvenes vascas lucir «toilettes» a la moda de París, en Biarritz y San Juan de Luz. La sustitución del «fandango» por la «fade mazurque» y la «quadrille de barrière». El juego de pelota, de «haute elegance», por «le grosier foot-ball». El País Vasco para Loti es como una reserva de calma y belleza. Un islote invadido o a punto de serlo, por la «mediocridad de las ideas modernas, de la estupidez». Qué lejos queda, ciertamente, la época en que varios jóvenes «dantzaris» acudieron a París para formar la «Academie Royale de la Danse» bajo el patrocinio de Luis XIV...

Un proyecto le hace de nuevo sobresaltarse. Se pretende nivelar las dunas, los acantilados entre Hendaya y San Juan de Luz, para trazar sobre ellos una línea de tranvía que permita así el acceso al turismo. Loti se lamenta con indignación y amargura, de que después de tantas playas mo-

dificadas, destruidas, para ponerlas al gusto de esa gente, no se haya pensado en reservar algunos lugares para espíritus sensibles...

El paisaje de Loti, de entonces acá, se ha humanizado mucho. El paisaje natural degradado profundamente, comido por todas partes por edificaciones de todo tipo, muchas de ellas envejecidas prematuramente, dando al entorno ese aire sombrío, casi paleoindustrial. Obras de infraestructura, como explanadas, muelles, espigones, redes viarias y anexos de estaciones, ocupan grandes superficies, reduciendo el antiguo paisaje. Las villas «belle époque», de fines de siglo, de estilo francés, después de las villas vascas, muchas de ellas rodeadas de espaciosos jardines, que ya para Loti eran motivo de desencanto, han sido sustituidas por urbanizaciones que le harían abandonar definitivamente este país.

Cuando Jacques Maritain habla de paisaje humanizado, invadido por el hombre, encuentra en él una belleza superior a la del paisaje natural. Habla de la nueva belleza surgida del contacto entre hombre y Naturaleza. Incluso en el caso del paisaje industrial, ejemplo máximo de esa interacción. Cuanto mayor es la influencia del hombre tanto mayor es la belleza resultante. Maritain no lo dice, pero, paisaje humanizado hasta un grado elevadísimo es el parque barroco francés y el parque inglés, sutil y sugerente, llenos ambos de referencias que hablan a la imaginación, al sentimiento y a la razón. Los dos se enraizan en corrientes del pensamiento, presuponen la filosofía, la cultura de su tiempo. Son el resultado de procesos creadores y no del pragmatismo mezclado con el azar que lleva a esas caóticas agrupaciones de edificios y elementos urbanos. Se trata de un arte, de los más elaborados, a la vez sensitivo e intelectual.

El paisaje de Loti está, ciertamente, también humanizado. Y es precisamente el hombre quien lo ilumina, quien lo perfecciona, siguiendo el pensamiento de Maritain, pero no desde perspectivas sabias, intelectuales, como en el caso de los jardines, ni tampoco desde la sistemática invasión de la Naturaleza, sino más bien, a través de esa humilde interacción de los pequeños grupos humanos asentados en medios pastoriles y agrícolas. Los frontones, las iglesias, los caseríos. Las carretas tiradas por bueyes, cargadas de heno, de manzanas o de helecho. Chirriando, a lo largo de los viejos caminos que vencen las pendientes de la montaña. Los plátanos de sombra, tallados a la manera del país, formando una especie de atrio vegetal a las puertas de las casas. El canto y la danza, el idioma, se incorporan al paisaje que Loti contempla y sobre el que proyecta su peculiar mundo de representaciones. Mira el paisaje de Euskal Herria desde la perspectiva de su propia estructura mental, de su propia capacidad creadora. Así, el paisaje entrevisto es a la vez algo objetivo y subjetivo. Algo poblado de signos proyectados. La belleza de los paisajes triturados por el hombre de que

habla Maritain y que puede constituir una motivación estética no es sin embargo el tipo de belleza propio a Loti, que encuentra (y busca) en el paisaje vasco otros símbolos. Aquella Euskal Herria serena y fuerte que él vivió, anclada en las viejas creencias, en los viejos hábitos hace tiempo que desapareció, cruzada —crucificada, parafraseando el poema de Francis James— por las mil y una ideologías que llegan de los cuatro puntos cardinales, y no sólo a caballo del tren, sino de más penetrantes, sutiles e insidiosos vehículos.

Aquella noche en que Pierre Loti caminaba bajo un cielo negro, lleno de estrellas, tan lleno de estrellas que parecía que sobre la tierra caía una lluvia de fósforo, de pronto surgió, cubriendo una parte de esos lejanos mundos inquietantes, la silueta maciza de un campanario, como un símbolo de certidumbres tranquilizadoras frente al vértigo sideral... Hoy día, para el pobre Loti, del valor simbólico del campanario vasco, apenas quedaría más que el de la veleta girando enloquecida sobre la rosa de los vientos.

Es verdad que Pierre Loti olvida que está frente a un pueblo que no es la Arabia feliz e incontaminada que imagina, el «pays de calme et de beauté». Ya ha sufrido la invasión cultural que llena de dólmene las alturas; la calcolítica, que posiblemente ha influido sobre el idioma y otros aspectos. Los mitos indoeuropeos, el animismo se han superpuesto sobre más viejas creencias. Aquellas creencias que más tarde le harían aceptar el cristianismo... Pero además la pequeña Arabia feliz ha experimentado sucesivos conflictos. Se ha despedazado en feroces luchas de bandos durante la Edad Media. Ha vivido sucesivas «machinadas». Ha visto su tierra convertida en escenario de batallas en diversas ocasiones, hasta la Paz de los Pirineos. Después de nuevo en la Convención, en la Napoleónica y por último en las que la desangran lo que resta del siglo XIX. Aparte ha visto surgir la revolución industrial y sus secuelas... A Loti le ha bastado con la quietud aparente del frontón, de la iglesia rural, el cementerio a su lado como buscando protección. Tal vez porque era lo que estaba más cerca de sus ojos y de sus anhelos personales. En definitiva se ha quedado con la mirada y el alma fijadas en los meandros olvidados del curso de la historia. Sólo en Ramuntcho, personaje ambiguo como el propio Loti, es el símbolo de sus inquietudes, de su existencialismo «avant la lettre». Ese Ramuntcho que se siente diferente a sus amigos de Etchezar, a su propia novia Gracieuse, anclada en la felicidad intemporal del convento.

Después de la muerte de Pierre Loti, después del torbellino histórico de las últimas décadas, ¿qué ha quedado de las imágenes reflejadas en sus páginas? Pierre Loti vería a Euskal Herria como un cuerpo muerto, sin alma. En proceso de disgregación. La vieja cultura rural sucumbe al flujo penetrante y disolvente de ideologías nacidas en culturas urbanas, univer-

salizadas, ajenas. Loti atisbó los síntomas cuando todavía Euskal Herria se mantenía en gran parte fundamentalmente fiel a sus modos de vida antiguos. Un pueblo tal como él lo vio, apegado a sus tradiciones, sereno gracias a la religión. ¡Y cómo anhelaba Pierre Loti esa misma serenidad tantas veces buscada en las Nochebuenas del Bidasoa! Un pueblo anclado en la gran certidumbre, simple y fuerte. Un pueblo que aún cantaba a Iparragirre y bailaba las viejas danzas con ánimo casi litúrgico y no dándose en espectáculo. El pueblo de Ramuntcho. En medio de las sospechas del declive de Euskal Herria, Loti aún se contentaba con la visión del burgo amurallado de Hondarribia adornado por el Castillo de Jeanne la Folle, como él llamaba al Castillo de Carlos V. El mismo perfil que años más tarde contemplaría Unamuno desde casi el mismo punto, con nostalgia.

Se trata del conflicto entre la historia y la intemporalidad. La expresión «cultura rural», es una unión de términos antitéticos si seguimos a Oswald Spengler para quien el hombre rural es «eterno», «anterior» y «posterior» a toda cultura, «inhistórico». El proceso de Euskal Herria continuando con el ejemplo del río y el meandro, sería simplemente que el río invadió de nuevo el meandro olvidado. Y lo hizo alcanzando las zonas más marginales con una impetuosidad, un poder corrosivo imprevisto. Ya vimos que nunca en realidad había dejado de existir el río y su corriente, y que sólo aparentemente, algunas zonas sobre todo quedaban como olvidadas y sólo recibían leves salpicaduras. Pero ya el río de la historia es un torrente irrefrenable, avasallador y Euskal Herria entró de lleno en una dinámica de nuevas formas.

Para Loti, el País Vasco fue un molde en el que vertió su propia alma. O tal vez un espejo en el que proyectó su propia figura. En esa compleja relación entre sujeto y objeto, vio en su entorno vasco lo que realmente deseaba ver. El autor de las fiestas mundanas en las que él mismo y sus invitados representaban personajes históricos, como Luis XI de Francia, el amigo del sultán de Turquía, el admirador de reinas y princesas. El viajero de países exóticos, oficial de marina que participó en el bombardeo de Thuan-An cuando la guerra de China, encontraba en la Euskal Herria de entonces, el mundo idílico, elemental y puro que tanto anhelaba. Y sobre todo ello, quizás la gran certidumbre fundamental que buscaba, dominadora del gran vértigo existencial que le asediaba. El hombre que reconstruyó en su casa de Rochefort una mezquita con todo el refinamiento de la cultura islámica, quiso vivir en Euskal Herria la vida humilde y apacible de los hombres simples, a los que quiso imitar en un esfuerzo inútil. Ramuntcho también se sentía extraño y sobrecogido por el atavismo casi salvaje de la «irrintzina» y se sentía oprimido por la mole del Gizune en una especie de claustrofobia espiritual... El hombre que invitó a un antepasado mío a asistir a una corrida disfrazado de mandarín chino, afirma querer vivir

en Hendaya una vida sencilla, habitando para ello una casa de pescador. Y realmente, la vida de los simples asoma aquí y allá en sus páginas, vista con ternura. Esa ternura lotiniana que tiene algo de enfermiza, de neurótica. Esa melancolía que, en algunas descripciones del Bidasoa y sus tardes de domingo, le hacen recordar su infancia triste de colegial, que ve deslizarse demasiado deprisa las horas tantas veces deseadas durante los días anteriores. Siempre esa impresión del tiempo fugitivo. Esa aguda sensación del presente, huidizo y lacerante. Se emparenta Loti así con Georges Rodenbach, el poeta belga: «Le dimanche est toujours tel que dans notre enfance: Un jour vide, un jour triste, un jour pâle, un jour nu.»

Ciertamente ya no es el tiempo de Loti. Cuando se han agotado todas las vanguardias. Cuando ya todo se ha ensayado, por delante de lo imaginario. En esta época feroz de sincretismos espaciales y temporales, ¿qué resta por hacer? ¿Es esa perplejidad tal vez la que nos hace tanto mirar al pasado? ¿Quizás como el niño que se aleja de su casa y vuelve la vista a ella para no perderse? En esta época de mimetismos despersonalizantes, de masas que gesticulan al unísono, como esos seres marinos de vida gregaria, animales que parecen vegetales, ondulándose por igual con el movimiento del agua. Cuando la historia parece un guiñol donde se mueven, acaparando la escena, mamarrachos trágicos. Tristes fantoches movidos por resortes bioquímicos, por complicados mecanismos de conductismos psicológicos, que ellos mismos ignoran. En esta época de seres ambiguos cuya individualidad desaparece en la masa sin cara. En esta época de ruido, cuando la gente parece tenerle miedo al silencio, en esta época, es bueno fijar la vista en personas como Julien Viaud y meditar en sus mismas inquietudes.

El último capítulo de este «recueil» lleva por título el de una canción de Iparragirre: «Adieux au Pays Basque, Adio Euskal Herria». Loti se va del País Vasco. En el horizonte temporal se perfilan ya, ciudades orientales, exóticas. Él mismo las cita como con una cierta complacencia esperanzada: Bagdad, Ispahan, Caboul. Y desde ese futuro entrevisto ya, contempla la Euskal Herria a la que ve como «un tranquil pays d'ombre et de pluie tiède, de hêtres et de fougères où sonnent encore le soir tant de vénérables cloches d'église...». La despedida que llena estas últimas páginas tiene algo de aire testamentario. Los apretones de manos, los saludos apresurados tienen la hondura y la gravedad de lo irreparable. La temática lotiniana se desgrana a lo largo de estos párrafos con aire de letanía, de «complainte». Hay como una fugacidad de las imágenes. La fugacidad del tiempo. Como si se quisiera acortar esos instantes de ruptura, de desraizamiento. Loti recorre los caminos vascos en un coche de caballos, cuando ya las sombras se alargan y el día cae vencido. Las caras de las personas despedidas desaparecen en los recodos de los caminos. Las imaginamos con el brazo leván-

tado, ocultándose de pronto tras el follaje otoñal de los robles, de los avellanos... El trote del caballo se aviva, pues Loti tiene que alcanzar el último tren que enlaza San Juan de Luz con Hendaya. La luna baña la campiña de la noche de Noviembre. El rocío humedece la ropa. El aire es frío. Es la víspera de su partida. La música de su prosa tan delicadamente descriptiva del paisaje y de las impresiones que le suscitan, acelera el ritmo, el «tempo». Hay algo de huida en este vértigo de sus últimas imágenes vascas... Sin embargo, la despedida no fue total. Algún tiempo después, Loti volvió a su Bakar-Etchea, y allí, frente al Castillo de Jeanne la Folle y la masa sombría del Jaizkibel, abandonó definitivamente la Euskal Herria que tanto amó y con ella el mundo. Era el 10 de Junio de 1923 y tenía 73 años. Ignoraba hasta qué punto la agonía de aquel país y la del mundo, iba a ser dolorosa, agitada por espasmos a causa de la ignorancia, la vulgaridad, la brutalidad, la torpeza, la barbarie, el odio y demás variantes de la estupidez humana. Y es que, Mr. Loti, jamás como hoy la imbecilidad tuvo más seguidores ni mejores medios para su expansión. Cuando la humanidad avanza en la técnica, pero no progresa sin embargo en su propio perfeccionamiento. Cuando parecen aún resonar los viejos tamtanes tribales, cuando se vive aún bajo la vieja, viejísima tiranía de los símbolos. Símbolos esgrimidos como arcaicos venablos que se arrojan después, llegado el paroxismo a su límite. Un mundo dominado todavía por pulsiones elementales, primarias, demasiado próximo a la animalidad originaria. Un mundo que en definitiva no ha aprendido a ser libre...

No quiere esto decir que tenga un concepto idealizado, ingenuo, utópico del pasado. Es estremecedor asomarse a la historia y comprobar la increíble barbarie del ser humano en todas las épocas.

Este final sombrío, ¿no será bueno iluminarlo con las mismas palabras recogidas de las cruces de piedra que escoltan los caminos vascos, que Loti repite obsesivamente a lo largo del último capítulo de «Ramuncho» y con las que pone fin a la obra?

O crux, ave, spes unica!

José Antonio Machimbarrena Gárate